

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión

Junio de 2020

*De acuerdo con el compromiso adquirido por el **Círculo Cívico de Opinión**, este POSICIONES 35, dedicado a Covid-19: Lecciones de la historia, da continuidad a la serie de documentos previos, iniciada con Covid-19, España-20 (POSICIONES 31, abril de 2020), y luego prolongada en las sucesivas entregas Covid-19: el reto científico (POSICIONES, 32, mayo de 2020), Poderes de necesidad y Constitución (POSICIONES, 33, mayo de 2020) y Covid-19: La política económica. Confianza para sostener, recuperar y transformar (POSICIONES, 34, junio de 2020).*

*En el documento que aquí se presenta se hace un repaso, con perspectiva histórica, de la dramática experiencia de la pandemia, proyectando además cinco reflexiones hacia el futuro siguiendo la rima de la historia. Suscrito en su totalidad por el **Círculo Cívico de Opinión**, ha sido elaborado por dos prestigiosos especialistas, Juan Francisco Fuentes, socio del **Círculo**, y José Carlos Rueda Laffond.*

COVID-19: LECCIONES DE LA HISTORIA

“La plaga no está hecha a la medida del hombre,
por tanto el hombre se dice que la plaga es irreal.”

Albert Camus: La peste.

La sentencia, atribuida a Mark Twain, de que “la historia no se repite, pero rima” invita a comparar el escenario provocado por la crisis del coronavirus con otras situaciones históricas y a realizar un ejercicio de historia prospectiva, proyectando hacia el futuro algunas reflexiones sobre la pandemia. Con pasmosa rapidez, la Covid-19 ha dado nueva carta de naturaleza a un viejo imaginario fantasmagórico —el de las epidemias medievales— erradicado hacía siglos de la cultura cotidiana de Occidente. Pero, frente a la percepción apocalíptica, no han faltado quienes hayan recordado que la plaga es una “característica constante de la sociedad humana” (Simon Critchley) o que lo imprevisto también “forma parte de la historia” (Emilio Gentile). William H. McNeill afirmó que era un error ver un brote infeccioso como un simple accidente sin explicación histórica.

Lo que ha ocurrido en 2020, cabría añadir, es que ese accidente nos ha retrotraído, con violencia, a una matriz preindustrial —más bien animal— que pensábamos superada. Quizá a causa de un murciélago, o quizá por un pangolín, esa realidad oculta ha terminado por provocar unos efectos diabólicos en los sofisticados entramados

de la modernidad globalizada del siglo XXI, cuya fragilidad habría quedado finalmente al descubierto. Un distópico efecto mariposa que, no obstante, tal vez adquiere otro sentido si lo evaluamos a través de la llamada “historia profunda”, la corriente historiográfica preocupada por estudiar las hondas —y con frecuencia desdeñadas— conexiones entre biología y sociedad en aspectos como la influencia de las infecciones y las inmunidades sobre la cultura, el poder o los equilibrios geoestratégicos.

En España, el punto de inflexión hacia el *shock* colectivo por el coronavirus resultó extraordinariamente rápido. Puede situarse en el lapso que medió entre el lunes 9 de marzo —hasta ese momento se habían reportado oficialmente mil infectados y dieciséis fallecidos— y el sábado 14, día en que se declaró el estado de alarma, cuando los contagios ya se habían multiplicado por seis y los muertos por algo más de doce. Los titulares de prensa evidencian la trascendencia de ese preciso instante. “El avance del coronavirus desafía al Estado”, afirmó *El País* en su portada del 14 de marzo para destacar el carácter histórico de la medida que estaba a punto de adoptar el gabinete Sánchez. El único antecedente, en teoría equiparable, se había registrado a inicios de diciembre de 2010 con motivo de la huelga de controladores aéreos, la declaración del estado de alarma y la militarización de los aeropuertos. La memoria sobre aquella crisis, pasajera y limitada, quizá alimentó en algunos la sensación de que la disrupción de la Covid-19 estaría pronto controlada y que en pocos días se podría regresar a la rutina. En cambio, nadie evocó otros posibles antecedentes, más lejanos y velados por el tiempo, como los estados de excepción establecidos durante el tardofranquismo, que se acompañaban por un lacónico decreto que anunciaba la suspensión de un ramillete de derechos reconocidos en el Fuero de los Españoles.

En los días siguientes se sucedieron las noticias más terribles. Se auguró un hundimiento de la actividad económica en España o un incremento de la tasa de paro en Estados Unidos no vistos desde la Guerra Civil y la Gran Depresión, respectivamente, todo ello envuelto en una espiral de defunciones. El conjunto de medios generalistas en Occidente entró en una suerte de relato monocorde que se fue extendiendo como una mancha de aceite por las diferentes actividades —económica, laboral, política, incluso deportiva...—, que replicaban una crisis multiforme capaz de contaminar cualquier ámbito de la realidad. La hipótesis de un impacto sin precedentes e inesperado, pese a que hacía semanas que se conocía lo ocurrido en Wuhan o Milán, dio paso a una sensación de gran ruptura que en España propició un lenguaje de nuevo cuño. “Transición hacia la nueva normalidad”: esta fórmula, tomada de la utilizada en Estados Unidos tras el 11-S (“the new normal”), se ha llegado a emplear hasta en el *Boletín Oficial del Estado* y evoca vívidamente la idea de un futuro paradójico, de un porvenir que dice retornar a las certezas del pasado, aunque sin dejar de ser incógnito y, por tanto, inquietante.

HISTORIA COMPARADA: UN CAMINO DE IDA Y VUELTA

La apabullante actualidad de la Covid-19 ha reavivado el interés por la historia de las viejas plagas y pandemias, limitado hasta hace pocos meses a un estrecho círculo de especialistas. Quizá el mejor balance en una comparación de trazo grueso lo ha

aportado un artículo aparecido en mayo de 2020 en *Biomedical Journal*. En él se recuerda el impacto demográfico de cinco pandemias recientes: de la gripe española de 1918-20 al coronavirus, pasando por la gripe asiática (1957), la de Hong-Kong (1968-69) y la de 2009. La conclusión es que, observadas a medio-largo plazo, su mortalidad ha tendido a disminuir. Se ha estimado que la gripe española provocó alrededor de 50 millones de muertos, aproximadamente un 2,68% de la población mundial. La de 1957, en cambio, redujo drásticamente su letalidad a cerca de 1,5 millones (0,05% de la población mundial) y la de 2009 a 300.000 (0,0004%). Las cifras oficiales sobre la Covid-19 a principios de junio de 2020 superan ya ampliamente este último dato. Sin embargo, no debe olvidarse que cuantificar con exactitud el impacto de las pandemias es un ejercicio especulativo, ahora y en el pasado.

David S. Jones ha sintetizado con precisión varias concomitancias históricas de la Covid-19 en un breve, pero ya influyente, texto aparecido en *The New England Journal of Medicine* el 12 de marzo de 2020. Según su argumento, que no deja de ser obvio, las pandemias evidencian los grados de avance, pero igualmente las limitaciones técnicas y científicas de cada momento. Jones también ha llamado la atención acerca de los impredecibles réditos políticos asociados a ellas, y menciona por ejemplo la holgada reelección presidencial de Ronald Reagan en 1984, tras una campaña en la que ignoró por completo el fenómeno del sida (de hecho, hasta septiembre de 1985 el presidente estadounidense no citó por su nombre al VIH en una intervención pública). Las epidemias —y muy en particular, las indiscriminadas— se han asociado también de forma recurrente con imaginarios aterradores. Basta con teclear el término “ébola” en el buscador de imágenes de Google para encontrarnos con una galería que reúne inquietantes fotografías microscópicas junto a instantáneas de cadáveres y cuerpos yacentes de población de color en nidos de pobreza. La que terminó por conocerse como peste de Justiniano (c. 541) asoló todos los rincones del Imperio Bizantino. A pesar de semejante denominación, la peste bubónica no consiguió manchar la magnificencia de aquel emperador en la memoria popular, y su posterior imagen ha dependido mucho más de la vibrante suntuosidad que desprenden los mosaicos de San Vital en Rávena que de la asociación entre su nombre y la pandemia. Por otra parte, como resaltó Judith Herrin, las apocalípticas crónicas sobre la enfermedad, obra del historiador Procopio, deben ser leídas como algo más que una simple descripción objetiva de los hechos. En un ejercicio de exaltación del legado clásico, muy propio de la cultura bizantina, Procopio en realidad adaptaba, hasta llegar al plagio, al estimado como relato canónico por excelencia de cualquier plaga, que era el dedicado por Tucídides a la gran peste griega del siglo V a. C. y a sus inquietantes consecuencias para la vida en la polis y la propia democracia ateniense.

Otros precedentes históricos se prestan a establecer, con más o menos fundamento, una analogía con la situación actual. Como es sabido, el epíteto “española” en la denominación genérica de la “grippe” que asoló buena parte del planeta en varias oleadas, entre 1918 y 1920, fue obra indirecta de la censura de la I Guerra Mundial. “Morbus hispanicus”, consideró Mariano de Cavia que debía llamarse a tal exportación, fruto del deseo nacional por contribuir con algún “género de estragos a la devastación europea”. En julio de 1918, muchos periódicos del Viejo Continente —entre ellos, los españoles— desgranaron con todo lujo de detalles el macabro impacto de la gripe en las ciudades alemanas. Pero en un principio, por mor de la censura de

guerra, solo las cabeceras españolas dieron cuenta de una infección que parecía haber brotado de la nada en la Península Ibérica. Una infección desconocida, designada eufemísticamente como “enfermedad del día”, “epidemia reinante” o “enfermedad actual” que, desde mediados de mayo de 1918, fue ganando espacio público, aunque casi siempre en breves columnas alejadas de las portadas. Tildada de dolencia benigna, no faltaron las llamadas a la tranquilidad. O los consejos profilácticos, como los de *El Sol* cuando recomendó que el enfermo no tomase medicamentos, se lavase la boca y las fosas nasales con agua oxigenada, siguiera una “dieta absoluta” y disfrutase del “aire libre”, pero no del “de la Castellana o Recoletos, con hacinamiento de personas, roces, conversación íntima, etc.”. Muchas crónicas de la gripe de 1918 transmiten una imagen naif. Son más expresivas por lo que ocultan —los muertos y enfermos; la ineficiente red de beneficencia que, en el mejor de los casos, debía atenderlos; el apabullante silencio gubernamental, síntoma meridiano de inacción oficial— que por la sensación de sosiego social que deseaban transmitir. Tales mensajes respondían, al menos en parte, a los rumores sobre los oscuros orígenes de la infección (corrió el chisme de que era consecuencia de las obras del metro o que se transmitía a través del agua y la fruta).

Veinte años después, en el contexto de la epidemia de tifus exantemático de posguerra, la prensa invisibilizó radicalmente su nombre popular —piojo verde—, mientras que la publicística médica participaba en la instrumentalización política de la enfermedad. En 1943, el relevante médico e higienista José Alberto Palanca no pudo sustraerse a efectuar una lectura racial e ideológica de la dolencia, según él no contagiada ni una sola vez en la España nacional por los voluntarios venidos de Marruecos y, por el contrario, endémica en zona republicana “por los sufrimientos morales y materiales” padecidos al otro lado del frente. Semejante apreciación conecta con otra constante en la historia de las pandemias. Tanto en el pasado lejano como en la historia actual, no ha faltado la recurrente asignación de responsabilidades al “Otro”, ya fuesen los peloponesios en el relato clásico de Tucídides, los judíos durante la peste negra medieval o los chinos coincidiendo con el largo devenir de la peste de 1855, en la infección por SARS de 2000 o, veinte años después, ante la Covid-19.

La irracionalidad de la pandemia alimenta lo que Jean Pierre Dupuy llamó el “fenómeno de pánico”; esto es, las respuestas, igualmente irracionales, que pueden subsumir, a un tiempo, reacciones individualistas y críticas de distinto calibre al orden o a la institucionalidad, pero también un sentimiento de cohesión social y apego a la comunidad. El rango de tales respuestas es diverso. El catálogo, multiplicado desde inicios de marzo de 2020, de *fakes* o de bulos es extraordinariamente abundante. Ha reunido desde siniestras profecías que auguraban el colapso definitivo (un apagón en Internet por exceso de tráfico) a profilaxis milagrosas (tomar café disminuye el impacto de la enfermedad, lo mismo que hacer gárgaras con sal y bicarbonato). En otros casos, en cambio, ciertas sospechas, como la hipótesis estadounidense sobre la Covid-19 como virus de diseño, han generado relatos que aglutinan paranoia, espionaje y alta política. El cóctel terminó de componerse gracias al oscurantismo del gobierno chino, que rozó el negacionismo en los primeros y, aún hoy, imprecisos momentos de la epidemia en Wuhan. A ello se sumaron la sanción a algunos médicos o a voces críticas del partido (como el magnate inmobiliario y bloguero Ren Zhiqiang), las purgas a funcionarios poco eficientes o las dudas occidentales sobre lo que realmente habría tras las plúmbeas campañas oficiales de propaganda.

En algún otro caso, el negacionismo ante la Covid-19 se ha fundamentado en una lectura integrista opuesta a los ideales de modernidad. Es lo ocurrido en la virulenta reacción de parte de la comunidad haredi (ultraortodoxa) israelí. A finales de marzo de 2020, este grupo concentraba dos tercios de todas las infecciones del país, tras negarse reiteradamente a acatar las medidas de confinamiento y distancia social en sus multitudinarias ceremonias religiosas (según el influyente rabino Jaim Kanievsky, el Talmud y el Pentateuco actuarían de escudo protector frente a la enfermedad). Tal situación acabó provocando el sellado policial de los barrios de Mea Shearim, en Jerusalén, y Bnei Brak, en la periferia de Tel Aviv.

La simbiosis entre crítica política frente a la restricción de libertades, negacionismo —o, al menos, cierto relativismo— de la pandemia y algo (o mucho) de disquisición conspirativa ha aglutinado a ruidosas y heterogéneas minorías en diferentes puntos de Europa. El rechazo a imponer medidas de confinamiento a su población, junto a la idea de que existía una fortaleza nacional congénita curtida por el frío, ha dado forma a la reacción nacional-populista del gobierno bielorruso, el único que celebró con toda pompa el 75º aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi. En Francia, durante la primavera, pervivieron las protestas de los chalecos amarillos. Y en Alemania se han congregado colectivos con pulsiones muy distintas: desde los que rechazan la imposición de mascarillas y futuras vacunas promovidas por las “elites globales”, a grupúsculos de extrema izquierda o los que secundaron los llamamientos de Alternativa por Alemania. En España se pasó de tímidas caceroladas coincidentes con las intervenciones televisivas de Pedro Sánchez —tildadas por algunos de burdos remedos propagandísticos al estilo de *Aló, Presidente*— a una movilización de rechazo antigubernamental algo más visible en las calles de diversas ciudades.

En todo este conglomerado transversal cabe destacar el peso del componente nacional-populista, en buena parte alimentado por el pesimismo provocado por la crisis, lo cual refuerza las sensaciones negativas de los últimos años derivadas de la globalización y sus costes. No está de más recordar algunas de las claves expuestas por Roger Eatwell y Matthew Goodwin para explicar la expansión de esa visión negativa de la globalización mediante múltiples versiones nacionales: el temor a un futuro incierto, la erosión de las consideradas libertades individuales básicas, los déficits de representatividad de la gente corriente y los agujeros negros del andamiaje democrático, la incompetencia política, las imágenes de desigualdad y de desamparo de la clase media, el deterioro del Estado-nación o la lenta, burocrática y a la postre incierta solidaridad procedente de Bruselas. Tales percepciones ayudan a entender la heterogeneidad de las bases culturales, sociológicas y electorales del nacional-populismo como respuesta a lo que cabría definir como una globalización oscura. La pandemia ha alimentado, en efecto, múltiples y tenebrosos relatos sobre sus orígenes y consecuencias. De un lado, se la ha asociado con un virus global de origen asiático —con todos los temores y prejuicios que Oriente provoca en Occidente—, capaz de poner en jaque a los Estados nacionales. Su impacto económico se ha cebado con particular dureza en el tejido de las clases medias, los pequeños empresarios y los autónomos, avivando el fantasma de su proletarización y desclasamiento, como ocurrió ya con la crisis económica de 2008. Y asimismo ha puesto en cuestión el relato

beatífico y políticamente correcto de la interculturalidad como un intercambio siempre positivo y enriquecedor.

La posible vía de contagio del virus a la democracia parece, además, clara: la excepcionalidad sanitaria abrió las puertas a la excepcionalidad política. En tales coordenadas se invocaron la cohesión social y el mito histórico como antídotos frente al pánico. Coincidiendo con el punto álgido del brote, las tribunas presidenciales reverdecieron de retórica de la memoria. Así, la intervención televisiva de Emmanuel Macron, el 16 de marzo, estuvo trufada de un lenguaje bélico que culminó anunciándose una “operación Resistencia” como justificación del encierro masivo en el hogar. El recuerdo a De Gaulle y la exaltación del “espíritu francés” fueron aún más explícitos en el homenaje presidencial celebrado el 17 de mayo, aniversario de la batalla de Montcornet de 1940. Por su parte, la épica formato Kennedy y, sobre todo, la doble exhortación, como solución frente a la crisis, al Plan Marshall y a la memoria de los Pactos de la Moncloa definieron el discurso gubernamental en España a inicios de abril. Incluso Unidas Podemos, por boca de su portavoz parlamentario, Pablo Echenique, aludió en un pleno celebrado el 9 de abril a la necesidad de “hacer historia” y al “pacto fundacional de la Transición”, basculando entre la tentación adanista de la izquierda y el oficialismo propio de quien ejerce responsabilidades de gobierno.

En frontal contraste con lo anterior, la intervención de Angela Merkel, por televisión, el 18 de marzo conjugó solemnidad y empatía en una fórmula muy personal que incluyó también referencias al pasado, en particular a la unificación alemana y a la II Guerra Mundial. Defendió asimismo la “democracia abierta” y la necesidad de explicar con claridad “nuestras decisiones políticas y hacerlas transparentes”, todo ello en un tono mesurado y pedagógico que se corresponde con la relativa suavidad de las medidas de confinamiento y restricción de la actividad económica adoptadas por el gobierno alemán. Pero incluso en la reacción de la canciller alemana, tan alejada del tremendismo de otros líderes europeos, se refleja el síndrome historicista que aflora siempre en los momentos de crisis. Es como el conjuro, al que se acude en busca de soluciones y consuelo, esgrimido ante un apocalipsis muchas veces anunciado y siempre esquivado a pesar de los malos presagios. Si salimos de aquello, saldremos de esto: tal podría ser la moraleja que trae consigo el recurso a un pasado épico frente a las catástrofes.

ENTRE LA FASCINACIÓN APOCALÍPTICA Y EL MOMENTO LEVIATÁN

“El apocalipsis es una experiencia histórica recurrente”, ha escrito recientemente John Gray a propósito de la actual pandemia. Esta afirmación debería matizarse al menos en un sentido: lo recurrente no es —claro está— la experiencia del fin del mundo, sino los temores milenaristas a que tal cosa suceda. Como reconoce el propio Gray, más que en su sentido escatológico, el apocalipsis existe como parte de un imaginario que se activa cuando una sociedad es víctima de un cataclismo histórico, sea una guerra, una revolución o una pandemia. Ocurrió en la crisis de los misiles, en octubre de 1962, cuando el mundo estuvo a “un minuto del Juicio Final”, como dijo después el secretario de Estado norteamericano, Robert McNamara. El fin de la Guerra Fría y de sus propias representaciones apocalípticas —“equilibrio del terror”,

“destrucción mutua asegurada” — alejó el peligro de un holocausto nuclear, pero aumentó el temor a otras amenazas a nuestra seguridad que se han visto confirmadas con el auge del llamado terrorismo global y con la epidemia de Covid-19.

Aunque la sensación de que el mundo se acaba puede dar rienda suelta a las pasiones reprimidas, en una especie de revuelta carnavalesca contra la ley y el orden — algo de eso hubo en los episodios de incivismo vividos durante el reciente confinamiento—, las crisis agudas suelen reforzar los mecanismos de poder como alternativa natural al caos. No se trata necesariamente de una opción conservadora. A veces las situaciones de emergencia derivan en un poder fuerte de nuevo cuño, como en Rusia en 1917, en Italia en 1922 y en Alemania en 1933. Como en estos casos, el nuevo Leviatán surgido de una crisis histórica ofrece la salvación colectiva a cambio de que el individuo renuncie a sus derechos y los deposite en el Estado para que los administre en beneficio de todos. Regímenes de tal naturaleza basarán su presunta legitimidad en la capacidad para regenerar un cuerpo social enfermo mediante la cirugía autoritaria y la práctica del higienismo como profilaxis social. Mussolini es un buen ejemplo de ambas cosas, tanto por su diestro manejo del bisturí totalitario como por su obsesión por mejorar los hábitos del pueblo italiano y hacerlo más sano y vigoroso. Su temprano apoyo al saludo brazo en alto como elemento distintivo del fascismo se explica no solo por sus reminiscencias romanas, sino como una forma de evitar el —a su juicio— poco higiénico apretón de manos.

La suya fue una generación profundamente marcada por el darwinismo social y por la experiencia de las enfermedades infecciosas que hicieron estragos en la moderna sociedad de masas, principalmente, la tuberculosis, la gripe española y, en menor medida, la poliomielitis, de la que fue víctima el presidente Franklin D. Roosevelt — lo que no le impidió ganar cuatro elecciones presidenciales—. De ahí un imaginario que impregnó el lenguaje de muchos de los líderes políticos de aquella época. Hitler se refirió con frecuencia al marxismo y al judaísmo como “plaga” —el término aparece 28 veces en *Mein Kampf*—, Goebbels aplicó la palabra al “internacionalismo judío”, al capitalismo y a la homosexualidad; Churchill aludió en alguna ocasión al “bacilo del bolchevismo” y Gramsci elogió al Partido Comunista Italiano como “la primera célula donde se resumen los gérmenes de la voluntad colectiva”. Ni siquiera el sida, que un sector de la derecha norteamericana asoció en los ochenta con la “plaga” de la homosexualidad, tuvo tal impacto en el discurso político, pese a favorecer en apariencia la agenda puritana de la llamada “revolución conservadora”. Ya se vio que Ronald Reagan prefirió dejarlo fuera de su triunfal campaña para la reelección en 1984, pensando tal vez que no era fácil conciliar ultraliberalismo económico y rigorismo moral.

Están por ver las consecuencias políticas a medio plazo de la actual pandemia. En todo caso, si sirve de precedente, no debe olvidarse que la gripe española de 1918-20, en conjunción con los estragos de la I Guerra Mundial y la revolución rusa, contribuyó decisivamente a crear un mundo mucho más hobbesiano que liberal, pese a la victoria de las democracias sobre la autocracias en la Gran Guerra. Cabe mencionar, al respecto, los sugestivos resultados preliminares, presentados en mayo de 2020, de una investigación realizada por Kristian Blickle. En su documentado y cauteloso informe subraya la correlación existente entre las elevadas tasas de mortalidad en determinados puntos de Alemania a causa de la gripe en 1918 y 1919 y el

excelente resultado electoral que obtuvo allí el Partido Nazi en las elecciones legislativas celebradas en 1932 y 1933. En cierto modo, según su argumentación, la gripe ayudó a moldear el futuro político de la Alemania de Weimar. Tal correlación, según su hipótesis, sería doblemente significativa, pues no benefició a otras opciones extremistas, como el Partido Comunista (KPD), ni tampoco se apreciaría en relación con otras enfermedades con fuerte carga social, como la tuberculosis. Al mismo tiempo, la conexión entre mortalidad por gripe y expansión del voto nazi resultó especialmente notoria en ciertos contextos geográficos donde, en el pasado, se había culpado a la población judía por el brote de peste negra de 1348. Aquel hecho acabó generando una memoria de larga duración que, como han estudiado Nico Voigtländer y Hans-Joachim Voth, alimentó durante siglos el sentimiento antisemita en áreas muy definidas. Quizá, señala Blicke, la imagen de la gripe española, una infección venida del extranjero, ayudó a reavivar el sentimiento contra el “Otro” y a reconectarlo con el discurso nazi, que encontró en esas mismas zonas una población descontenta con la deficiente respuesta institucional a la pandemia y receptiva, por tanto, a la propaganda racial y antisistema.

Aun sin llegar a tales extremos, la demanda de una autoridad fuerte y eficiente —de una racionalidad autoritaria, como ha sido denominada en alguna ocasión— puede hacer que el eje mercado/Estado, o privado/público, pierda parte de su utilidad como elemento diferencial del marco derecha/izquierda, en un escenario propicio a la aparición de una derecha partidaria, como en los años treinta, de un Estado intervencionista. Esta reacción puede dejar poco espacio a un liberalismo digno de tal nombre, incluso en Estados Unidos. Aunque Donald Trump haya coqueteado con la respuesta libertaria de la derecha radical norteamericana ante la pandemia, cuesta creer que el año en que se juega su reelección como presidente haga una apuesta tan arriesgada como unir su suerte a un liberalismo a ultranza, tal como hizo Hoover en 1932 frente a Roosevelt y su vaga promesa electoral de impulsar “a new deal for the American people”. No es casualidad que el concepto haya sido recuperado en el actual contexto de emergencia sanitaria y económica.

La frontera entre el New Deal —un híbrido entre liberalismo político e intervencionismo económico— y la racionalidad autoritaria en aras de la máxima eficacia anti-crisis no es fácil de trazar. El Tribunal Supremo de Estados Unidos entendió que algunas de las reformas introducidas por Roosevelt invadían las competencias de los estados, y un socialista español, Luis Araquistáin, llegó a afirmar en 1933 que el New Deal era la forma genuinamente americana de fascismo. Casi todos los gobiernos, de cualquier condición, adoptaron en los años treinta políticas de intervención pública en la economía. Pasar de la gestión centralizada de una recesión o de una pandemia a una democracia iliberal —si tal engendro es posible— es un proceso que puede llegar a ser imperceptible en medio de las convulsiones de una gran crisis.

De momento, lo que hemos vivido durante el confinamiento y lo que, previsiblemente, viviremos bajo la “nueva normalidad” se parece a un Leviatán sanitario con amplias —y justificadas— atribuciones que alcanzan ámbitos hasta ahora impenetrables de la esfera privada, incluida una regulación muy estricta del cuerpo en el espacio público —uso de mascarilla, distancia para evitar el contacto, detección de la temperatura corporal, etc.—. Esta tendencia a la somatización de la vida social no es necesariamente incompatible con la democracia. Pero la transformación del

mundo globalizado en un gran panóptico formado de *big data* y el eventual tránsito del Leviatán sanitario a otro de carácter general y permanente entrañan indudables riesgos para la sociedad civil, para la esfera de libertad que representa y para el propio espacio público, que es el ámbito en el que, como dijo en su día Hannah Arendt, se desarrolla la política cuando merece tal nombre.

COVID-19, GLOBALIZACIÓN OSCURA Y PODER: CINCO REFLEXIONES

1. El cuerpo es el mensaje: representaciones de una pandemia

El trasvase de términos biomédicos al lenguaje político es un viejo fenómeno, del que hay abundantes ejemplos al menos desde que Aristóteles —hijo de médico— se dedicó a estudiar las patologías de la polis. Lo mismo puede decirse del uso del cuerpo humano como metáfora política y social. Basta recordar la alegoría que ilustra la primera edición del *Leviathan* de Thomas Hobbes, en la que la imponente figura del soberano es la resultante de la concatenación de los diminutos cuerpos de sus súbditos. En la iconografía de la Gran Guerra, y en su posterior memoria visual, hay un lugar reservado para la imagen sin rostro de los soldados cubiertos con máscaras antigás, reducidos de esta forma a un siniestro anonimato.

Como entonces, la escasa visibilidad de la última pandemia aumenta su dramatismo en vez de ocultarlo: calles sin gente ni coches, muertos que desaparecen sin duelo, rostros tapados por mascarillas, médicos y sanitarios ocultos tras sus trajes de protección. Estas no-imágenes —lo que hay detrás de las mascarillas o dentro de las UCI— constituyen el gran testimonio gráfico de una experiencia fantasmagórica que, como toda plaga, genera una intensa sensación de irrealidad. No es de extrañar que, para normalizar el duelo y dignificar a las víctimas, muchos medios de comunicación les hayan devuelto el nombre y la cara que les robó la enfermedad. En la invisibilidad de la muerte y en la borrosa identidad de los fallecidos, la representación social y mediática de la Covid-19 recuerda mucho más los grandes atentados terroristas de este siglo que la profusa iconografía milenarista —recuérdese *El triunfo de la muerte*, de Peter Brueghel— ligada a las principales pandemias de la historia.

2. Un fenómeno urbano

Las epidemias suelen verse como excrescencias de un mundo arcaico que han sobrevivido a su época —la Antigüedad y la Edad Media— y han llegado, no se sabe cómo, hasta nuestros días. La realidad es muy distinta, casi la contraria. Su hábitat natural ha sido siempre la ciudad y su principal difusor, el comercio y las comunicaciones de larga distancia. Las epidemias corresponden, pues, a una suerte de modernidad temprana, más que a la acción retardada de unas estructuras arcaicas. Tal vez por ello, el confinamiento, que es el método con el que se combatió la peste en las ciudades europeas en el siglo XIV, sigue vigente siete siglos después. Es cierto que las reformas urbanísticas del siglo XIX, al expandir las ciudades más allá de su perímetro tradicional y abrir en su interior grandes arterias, consiguieron mitigar el hacinamiento y reducir los aspectos más insalubres de la vida urbana. Pero la ciudad siguió siendo vulnerable a las enfermedades contagiosas y a su rápida propagación. La progresiva transformación del mundo en una red de ciudades interconectadas ha

creado las condiciones óptimas para que una epidemia local se convierta en una pandemia global.

3. Globalización oscura

El historiador Emmanuel Le Roy Ladurie afirmó hace casi cincuenta años que la peste negra del siglo XIV significó la primera “unificación microbiana del mundo”. La epidemia, probablemente importada de China, fue, por tanto, causa y efecto de un proceso globalizador —comercio, navegación, muy pronto la imprenta— que mostraba a través de la peste su lado más tenebroso. Así ha ocurrido también en la fase actual de la globalización, término apenas utilizado hasta mediados de los años noventa, cuyo uso a partir de entonces se vio impulsado por el fin de la Guerra Fría, por un fuerte crecimiento económico y, sobre todo, por el desarrollo de Internet. De los “felices 90”, como los llamó irónicamente Joseph Stiglitz, se pasó, con el cambio de milenio, a una percepción mucho más pesimista del nuevo ciclo histórico como consecuencia del 11-S y de las guerras que trajo consigo. La Covid-19 ha añadido dramatismo e incertidumbre a esta globalización oscura característica del nuevo milenio, como si el famoso, y hoy olvidado, “efecto 2000”, trasunto del viejo milenarismo medieval, hubiera llegado con retraso.

La sorpresa que ha causado la pandemia estaría menos justificada de lo que parece si tenemos en cuenta que los gérmenes, tal como apuntó, entre otros, Jared Diamond en *Guns, Germs and Steel: The Fates of Human Societies* (1997), constituyen un persistente actor histórico en la *longue durée*. También en el mundo globalizado del siglo XXI, cuyas instituciones políticas, estructuras económicas y estilo de vida han revelado una pasmosa fragilidad en los últimos meses. Es dudoso, sin embargo, que todo ello suponga, como sugiere John Gray, el fin de la globalización; si acaso, se producirá un repliegue temporal hacia lo nacional y lo doméstico. “La vieja vida de relaciones despreocupadas entre las personas se desvanecerá rápidamente de la memoria”, dice Gray. ¿Cómo denominar lo que sustituirá a la anterior cotidianidad?

4. Nueva normalidad

Como toda gran crisis, la pandemia ha puesto en circulación un lenguaje específico con el que nos hemos familiarizado rápidamente. A él pertenece el sintagma —mitad eufemismo, mitad oxímoron— “nueva normalidad”, presentada como la tierra prometida de la pospandemia. La expresión inglesa (“the new normal”) se suele atribuir al polifacético hombre de negocios Roger McNamee, que tituló *The New Normal: Great Opportunities in a Time of Great Risk* un libro publicado en 2004. En realidad, el concepto se venía utilizando —como ya se ha indicado— desde los atentados del 11-S en Estados Unidos, como se puede comprobar consultando los archivos digitales de la prensa norteamericana. El 30 de septiembre de aquel 2001 lo empleaba *The New York Times* en un artículo en el que se aludía a un responsable educativo que el día siguiente al 11-S se había referido ya a un enigmático “new normal” posterior a los atentados. ¿Era posible tal cosa? Una “normalidad” *ex novo* parece una contradicción en los términos, porque lo “normal” suele establecerse a partir de una realidad preexistente. Aquí se trata más bien de una situación poscrisis que supone dejar atrás una experiencia traumática sin regresar del todo a nuestra vida anterior.

Aplicado a la actualidad, el concepto de “nueva normalidad” sería una forma eufemística de reconocer que nada volverá a ser igual y de concienciar a la población sobre los efectos distópicos de la Covid-19: más seguridad, más controles, más restricciones, menos libertad de movimientos y de relación. No parece casualidad que para definir todo ello se recurra a una expresión acuñada justo después del 11-S, que inauguró la era de la globalización oscura en la que nos encontramos.

De otra parte, no faltan tampoco los precedentes históricos de movilización o violencia colectiva tras algunos grandes episodios pandémicos. Así ocurrió en Inglaterra, en 1381, con la revuelta campesina contra los onerosos tributos (“rebelión de Wat Tyler”), que suele explicarse como reacción social derivada de la peste negra. O en la Rusia de Catalina la Grande, cuando se sucedieron en el Moscú asimismo asolado por la peste (1771) protestas que mezclaban el temor a la parálisis comercial y el rechazo a la decisión que impedía venerar los iconos, por miedo a que su culto ayudase a propagar la enfermedad. Aún es muy pronto para evaluar el verdadero alcance de las protestas desatadas a inicios de junio de 2020 en Minneapolis, su exacta correlación con el impacto socioeconómico de la Covid-19 en Estados Unidos o su capacidad de exportación hacia otros focos de tensión racial, como algunos puntos de la *banlieue* parisina. En todo caso, parece que nos hallamos ante un jalón más de esa globalización oscura a la que antes nos referíamos y que la “nueva normalidad” puede no ser tan plácida como parece sugerir el concepto.

5. Pandemia, ciudadanía y territorio

Susan Sontag empieza su libro *La enfermedad y sus metáforas* (1978) afirmando que la enfermedad crea como una doble ciudadanía al dividir a la población en dos categorías: el “reino de los sanos” y el “reino de los enfermos”. En la vieja relación entre plaga y polis se esbozan ya las derivaciones políticas de las epidemias, con tendencia al reforzamiento de la autoridad, vista más que nunca como una necesidad, y al amedrentamiento de los ciudadanos. Tucídides observó también, no obstante, la reacción opuesta una vez superada la peste que asoló Atenas en el siglo V a. C., la de aquellos atenienses que sobrevivieron a ella y llegaron a creer, en la euforia del momento, que ninguna enfermedad podría acabar con ellos. Es poco probable que la superación de la Covid-19 genere en nosotros la misma sensación de inmunidad a la catástrofe, porque la actual crisis se encadena con otras dos de naturaleza muy distinta, pero igualmente traumáticas —el 11-S y la recesión económica iniciada en 2008—, que habían dejado ya muy maltrecha la fe en la globalización como un factor de progreso y bienestar.

Todo favorece, pues, un “momento Leviatán” o al menos marcadamente hobbesiano. Como ocurrió en la crisis de entreguerras, la emergencia sanitaria parece confirmar un principio del liberalismo clásico sobre la existencia de una relación inversamente proporcional entre el poder del Estado y los derechos de los ciudadanos, al tiempo que ha conferido un renovado prestigio al sector público, reputado como más justo y eficiente que el privado. La Covid-19 ha llevado a reforzar el poder de los estados, a recortar o suspender derechos de los ciudadanos y a establecer férreos cordones sanitarios. Desde el punto de vista de la política interior, ha desencadenado una doble reacción, autoritaria desde arriba y populista desde abajo, que no augura nada bueno para el futuro de la democracia.

Frente a la ilusión de la ubicuidad que la globalización ha desarrollado en nosotros, la pandemia nos ha recordado la permanencia del territorio en su sentido más próximo y estricto, tanto al delimitarse el espacio del confinamiento y el radio de acción, progresivamente ampliado, de la movilidad ciudadana como por la importancia que han cobrado de nuevo las fronteras nacionales. También Europa ha visto revalorizado su territorio con vistas a la reconstrucción económica, en la que las instituciones comunitarias desempeñarán un papel más activo probablemente que en la lucha contra la recesión de 2008. El protagonismo de la Unión Europea puede ser clave en la recuperación de la credibilidad perdida en aquella ocasión y en la evolución de las crisis territoriales que algunos Estados miembros, como España, tienen abiertas desde hace tiempo.

“Estamos ante una firme apuesta por la continuidad de la Unión”, escribía Enric Juliana en *La Vanguardia* el 28 de mayo de 2020, al anunciarse el ambicioso plan de ayudas de la Unión Europea para contrarrestar el impacto económico de la Covid-19. “Ese programa excluye la fractura o escisión de los estados nacionales europeos”. El mensaje está claro: el proceso secesionista que se vive en Cataluña podría verse perjudicado si el plan de recuperación de la Unión Europea se vincula, como parece, al mantenimiento del *statu quo* territorial. No sería la primera vez que una epidemia se cruzara en los designios del independentismo catalán. Al final de su libro *The Revolt of Catalans*, John Elliott señalaba las consecuencias que la peste tuvo en las ensañaciones separatistas de la Cataluña del siglo XVII, tras el triunfo de la revuelta de 1640, en un contexto de fortalecimiento del poder de los estados por la Paz de Westfalia: “La gran peste de 1650-1654 destruyó todas las esperanzas que todavía podía tener Cataluña de mantener su independencia de la Corona española”. Como decía Mark Twain, y recordábamos al principio, no es que la historia se repita, pero a veces rima.

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

José Carlos Rueda Laffond
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid